

RICARDO PIGLIA

*Los diarios
de Emilio Renzi*

Un día en la vida



Un día en la vida culmina la publicación de *Los diarios de Emilio Renzi*, que ponen un broche de oro a la producción literaria de uno de los escritores fundamentales de las letras latinoamericanas. Esta última entrega completa el autorretrato de Piglia a través del personaje interpuesto de su álter ego. Sigue aquí la exploración de un periplo vital y creativo, la indagación en la escritura y sus mecanismos, la reflexión sobre la literatura a través de lecturas muy diversas. Y asoman encuentros, películas, la convulsa situación política argentina, la tarea profesoral en Estados Unidos... Este volumen se divide en tres bloques: el primero, «Los años de la peste», es la última parte de los diarios de Renzi, fechada entre 1976 y 1982; el segundo, «Un día en la vida», es una narración en la que Renzi cede la palabra y se convierte en personaje contado en tercera persona, y el tercero, «Días sin fecha», reúne anotaciones de los últimos años, en las que se evocan instantes de felicidad, la última clase en Princeton y la aparición de la enfermedad que de modo lento pero implacable impone su ley. Se cierra, pues, de forma ya póstuma la aventura literaria de Emilio Renzi. Con ella Ricardo Piglia deja escrita una obra diarística destinada a convertirse en un clásico imprescindible del género en lengua castellana, que desde la publicación del primer volumen ha generado la reacción entusiasta de lectores y críticos.

I. LOS AÑOS DE LA PESTE

1. SESENTA SEGUNDOS EN LA REALIDAD

Había pasado varios meses, exactamente desde principios de abril de 2014 hasta fines de marzo de 2015, trabajando en sus diarios, aprovechando una dolencia, pasajera según los médicos, que le impedía salir afuera; como decía bromeando Renzi a sus amigos, salir afuera nunca fue una tentación para mí, tampoco me interesa lo que podríamos llamar ir adentro, o estar adentro, porque inevitablemente, les dijo Renzi a sus amigos, uno se pregunta ¿adentro de qué?, en fin, que gracias a —o a causa de— esa dolencia pasajera había podido por fin dedicar todo su tiempo y toda su energía a revisar, releer, visitar, sus diarios, de los que había hablado demasiado en otra época, porque siempre estaba tentado —en otra época— de hablar de su vida, aunque no se trataba de eso, sino de hablar de sus cuadernos. Pero no lo hacía, apenas si aludía a esa obra personal, privada y «confidencial», aunque muchas veces lo que había escrito en sus cuadernos pasaba, como quien dice, tal cual en sus novelas y ensayos, y en los cuentos y relatos que había escrito a lo largo de los años.

Pero ahora, aprovechando la dolencia que lo había atacado de pronto, pudo encerrarse en su estudio, dedicado a transcribir los cientos y cientos de páginas escritas con su letra manuscrita en sus cuadernos de tapa de hule. De modo que cuando se sintió afectado por una dolencia misteriosa, cuyos signos eran visibles —por ejemplo, le costaba mover la mano izquierda— pero cuyo diagnóstico era incierto, entonces, como decía, dijo Renzi, empezó una tarea

interior, hecha adentro, o sea, sin salir a la calle. No había leído sus diarios cronológicamente, no lo hubiera soportado, les había dicho Renzi a sus amigos. Antes, muchas veces había emprendido la tarea de leerlos e intentar pasarlos a máquina, «en limpio», pero a los pocos días había desertado de la espantosa sucesión cronológica y abandonaba el trabajo. Sin embargo, pensaba publicar Renzi sus notas personales siguiendo el orden de los días, porque luego de desechar otros modos de organización, por ejemplo, seguir un tema o una persona o un lugar a lo largo de los años en sus cuadernos y darle a su vida un orden aleatorio y serial, había comprendido que de ese modo se perdía la experiencia confusa, sin forma y contingente de la vida, y por lo tanto era mejor seguir la disposición sucesiva de los días y los meses. Porque había comprendido de pronto que por un lado estaba su trabajo —¿pero era un trabajo?— de leer, de investigar, de rastrear en sus cuadernos, y otra cuestión muy distinta era el orden de publicación de las notas que registraban su vida. Conclusión, no es lo mismo leer que *dar a leer*. Un asunto es la investigación y otro la exposición, eso lo había aprendido en la Facultad, para un historiador son antagónicos el tiempo que pasa en el archivo buscando a ciegas lo que imagina que está ahí y el tiempo que le demanda exponer los resultados de la investigación. Lo mismo sucede si uno se convierte en historiador de sí mismo.

De modo que había decidido presentar sus diarios en orden cronológico dividiendo lo escrito en tres grandes partes, respetando las etapas de su vida, porque había descubierto, al leer los cuadernos, que era posible una división bastante clara en tres tiempos o períodos. Pero cuando en abril del año anterior había enfrentado la tarea de relectura y copia de las entradas de su diario, se dio cuenta de que era insoportable imaginar su vida como una línea continua y, rápidamente, decidió leer sus cuadernos al azar. Estaban

archivados de cualquier manera en cajas de cartón de distintas procedencias y tamaños, lo habían acompañado a todos lados esos cuadernos, y por lo tanto el desorden de las mudanzas había roto toda ilusión de continuidad. Nunca había intentado archivarlos ordenadamente. Los cambiaba de lugar y de posición según su estado de ánimo, los miraba sin abrirlos, por ejemplo, tirados en el piso o apilados en su escritorio, y lo abrumaba la cantidad de espacio físico que ocupaban sus notas personales. Una tarde, siguiendo el ejemplo de su abuelo Emilio, había decidido destinar una habitación exclusivamente a sus diarios. Que estuvieran en un solo lugar y, sobre todo, que se pudiera cerrar la puerta de acceso, incluso con llave, lo tranquilizaba. Pero no lo hizo. Si había desperdiciado parte de su vida escribiendo los hechos y los pensamientos en un cuaderno, no iba encima a desperdiciar un cuarto de su casa para sentarse y pasar noches enteras leyendo y relejendo las estupideces catastróficas de su vivir, porque no era su vida, era el transcurrir de los días. Así que usó unas cajas de cartón que le pidió a su amigo el almacenero de la calle Ayacucho y usó cajas de productos diversos para guardarlos y encajonarlos sin ningún orden y, por fin, para no tentarse, decidió ponerse de espaldas a los cuadernos, guardados en ocho cajas, y luego, sin mirar, al tanteo, sacar un cuaderno. Así, según Renzi les dijo a sus amigos, había logrado desarticlar por completo su experiencia y pasar de sus notas de unos meses en los que estaba solo e inactivo a otro cuaderno donde se descubría activo, lúcido y conquistador. De ese modo empezó a percibir que era varias personas al mismo tiempo. Por momentos, un fracasado y un inútil, pero, al leer luego un cuaderno escrito cinco años antes, descubría a un joven talentoso, inspirado y ganador. La vida no debe ser vista como una continuidad orgánica, sino como un *collage* de emociones contradictorias, que de ningún modo obedecen a la lógica de causa y efecto, de ningún modo, volvió a decir Renzi, no hay progresión y por supues-

to no hay progreso, nadie aprende nada de su experiencia, salvo que haya tomado la precaución, un poco demencial e injustificada, de escribir y describir la sucesión de los días porque entonces, en el futuro —y nada más que en el futuro—, brillará como una fogata en el campo, o mejor, arderá, en esas páginas, el sentido. La unidad es siempre retrospectiva, en el presente todo es intensidad y confusión, pero si miramos el presente cuando ya ha pasado y nos instalamos en el porvenir para volver a ver lo que hemos vivido, entonces, según Renzi, algo se aclaraba.

Había pasado todos esos meses, de principios de abril a finales de marzo, hundido en la laguna, a veces turbia, a veces clara y transparente, de su existencia. Muchas veces había estado durante un tiempo capturado por un escritor o un filósofo, y había pasado meses hundido en la masa de escritos de un autor —por ejemplo Malcolm Lowry o Jean-Paul Sartre— y había leído todo lo escrito por él y todo lo escrito sobre él, pero ahora, aunque el sistema, para verlo así, era el mismo, todo era distinto porque el sujeto de la investigación era él mismo, el sí mismo, dijo con una carcajada. El sí mismo, el en sí de uno, pero como uno no es uno, sino otro y otro, en un círculo abierto, se comprende que la forma de expresión debe ser fiel a la contingencia y al desorden y que su único modo de organización debe ser el fluir de la vida misma.

Desde abril del año anterior se había dedicado, con la ayuda invalorable y sarcástica de su asistente mexicana, Luisa, a quien le había dictado, dictó ahora Renzi, todos sus cuadernos, y en medio de bromas y risas habían logrado nadar en la laguna de aguas a la vez turbias y transparentes. Ese día, el lunes 2 de febrero, ya habían llegado a la orilla y podían mirar en perspectiva lo que habían hecho. En medio de la maraña de páginas, escritas, leídas, dictadas y pasadas en limpio, brillaban algunos hechos, algunos

acontecimientos o situaciones que había capturado y entrevistado al dictarle, como si volviera a vivirlos. Toda experiencia es, digamos así, retrospectiva, un *après-coup*, una revelación tardía, salvo dos o tres momentos de la vida en los que la pasión define la temporalidad y fija en el presente la señal que perdura. La pasión, vuelve a decir Renzi, es siempre actual, es lo actual, porque se manifiesta en un presente puro que persiste como un diamante en la vida. Si se vuelve a ella, no es para recordarla sino para vivirla, ahora, una vez más, en el presente, siempre viva e incandescente.

Por ejemplo, en esa época, el encuentro con una mujer, sola e invicta pero también dolorida y quebrada, en un departamento modesto en Villa Urquiza, amueblado de un modo anónimo, una cocina como tantas cocinas de Buenos Aires, amplia, en la que era posible sentarse ante la mesa de madera blanca —como hicimos ese día ella y yo— a tomar unos mates. Vi sólo la cocina y la sala —el comedor diario, como le dicen— con fotos enmarcadas y adornos casi invisibles de tan vistos, ni siquiera vi el baño pero puedo imaginármelo —el botiquín con espejo, los azulejos blancos—, como también puedo imaginar el dormitorio con la cama matrimonial, usada desde hacía años por uno solo de los cónyuges —el que había sobrevivido—. Un departamento en un quinto piso igual a tantos, con el aparato de televisión sobre una mesa en el costado izquierdo de la sala, frente a los sillones blancos. En ese lugar tan común brillaba la verdad. Y por eso recuerdo con tanta nitidez ese encuentro, me basta cerrar los ojos para volver a estar ahí. Apenas hay una referencia lacónica en mis cuadernos, el día y la hora y una nota al pasar para no decir de más, en un tiempo en que cualquier palabra o cualquier gesto podrían dañar a la persona de la cual uno hablaba y a la que hacía visible. Precauciones que servían no para garantizar nada o para imaginar que se estaba a salvo, eran sólo para registrar que uno había vivido en esos tiempos oscuros. En-

tonces había escrito: *Hoy visité al oráculo de Delfos, no porque ella —la mujer herida— se presente así, sino por la claridad imperturbable de su modo de decir. Un oráculo sin enigma, la confusión, en todo caso, es de quien lo consulta.* Lo recuerdo mejor y más vívidamente que si lo hubiera escrito, y esa evidencia ha sido para mí —cada vez que la he afrontado y la recuerdo— la prueba de un momento único en el que la vida y el sentido están juntos. ¿A costa de qué?

Por eso he hablado de la peste en esos años; era la forma, en la tragedia griega, de referirse al mal social. Una plaga que asolaba a una comunidad como efecto de un crimen perpetrado en el lugar mismo del poder del Estado. Un crimen estatal que producía —bajo la forma de una epidemia— en los ciudadanos el terror y la muerte. Una metáfora, en definitiva. Muy contrapuesta a la metáfora, usual en nuestros días, del poder despótico asociado a un cirujano que debe operar sin anestesia para abrir el cuerpo enfermo de la nación. La idea de la cirugía como metáfora médica de la represión estatal es muy común en la historia de mi país. Un médico se ve obligado, como dicen esos canallas, a actuar sobre los cuerpos para curar la enfermedad política que aqueja, según ellos, a la nación.

En cambio, la tradición griega hace ver la calamidad como efecto del crimen perpetrado en el Estado, ¿quién asesinó a Layo, el Rey, en una encrucijada del camino? La peste, entonces, es el efecto de un delito que cae sobre la población, los años de la peste son los años oscuros en que los indefensos sufren un mal social, o mejor, un mal estatal que baja desde el poder hacia los ciudadanos inocentes. Entonces, para remediar la maldad o para encontrar un alivio o una salida, había que visitar a la pitonisa, a la mujer, mezcla de adivina y de pájaro, enfrentarla y oír su canto. A esa dama, que conocía el secreto, se le pedía que su vida y

sus costumbres fueran irreprochables. Y así era Antonia Cristina, cuyos poderes sólo vislumbré años después de haberla visitado en su modesta casa, en Delfos, es decir, en Villa Urquiza.

Ése era también el sentido del título de la novela de Camus, *La peste*, el primer libro que leí «personalmente», es decir, lo usé para contarle a una mujer, una muchacha en realidad, mi versión de lo que había leído, no recuerdo qué le dije, pero recuerdo la noche en que leí la novela con furia y como si viviera, en mí, el libro, mientras lo leía para ella. Y eso es lo que he hecho desde entonces, leer un libro, o mejor, darle a leer un libro a alguien que lo ha pedido. Para Camus, es el nazismo, la ocupación alemana, lo que produce la epidemia que llega hasta Argelia. El otro sentido de la peste es producir una serie de narraciones que la tienen como condición, no como tema, se ve en *El Decamerón* de Boccaccio, en medio del terror de la muerte siempre hay un grupo que se aísla para contar, alternativamente, unas historias. El peligro, el terror, la maldición de una realidad sin salida, se transforma muchas veces en relatos, pequeñas historias que circulan en medio de la noche para contar imaginariamente la experiencia vivida de esos días oscuros y poder soportarlos y sobrevivir. La narración alivia la pesadilla de la Historia. Por ejemplo, ya he contado el relato anónimo que empezó a circular aquellos días en Buenos Aires. Alguien decía de alguien que tenía un amigo que una madrugada, en una estación de ferrocarril, en un suburbio de la ciudad, había visto pasar, lento y silencioso, un tren de carga que iba hacia el sur cargado de féretros vacíos. Ésa era la historia que circulaba de boca en boca en medio de la peste militar y del horror argentino. Un relato perfecto que decía y no decía, que aludía, en su imagen, a la realidad en la que vivíamos. Porque esos ataúdes vacíos remitían a los cuerpos sin sepultura que asolaban, y asolarían durante décadas, la memoria del país. Iban hacia el sur,

precisión espléndida que refería al desierto, pero también, desde luego, a la guerra de Malvinas que preparaban los asesinos desde hacía meses como vía de escape y que el relato parecía anticipar. ¿Cómo se sabía que los féretros estaban vacíos? Era la gravitación, pensaba Renzi, de la literatura fantástica, que había sido, en nuestra cultura, un modo de narrar muy original que permitía postular una realidad inquietante más verdadera que la realidad tal cual se vive. El otro dato muy político del relato era la presencia de un testigo. Siempre hay alguien que estuvo ahí y vio lo que sucedía y pudo contarlo, siempre hay un testigo en el lugar del hecho, un particular que ve y va a contar. Por eso hay cierta justicia poética en el mundo que permite que los crímenes sociales sean revelados y conocidos. Hay un testigo que da testimonio y cuenta lo que vivió y lo que ha visto. Muestra y hace ver, porque el relato, dijo Renzi, no juzga, sólo *da a entender* y de ese modo permite saber lo que la Historia oculta.

La peste, entonces, y los testigos contamos lo que hemos vivido en esos tiempos oscuros, mis cuadernos son un registro alucinado y sereno de la experiencia de vida en estado de excepción. Todo parece seguir igual, la gente trabaja, se divierte, se enamora, se entretiene y no parece haber signos visibles del horror. Eso es lo más siniestro, bajo una apariencia de normalidad, el terror persiste y la realidad cotidiana sigue ahí como un manto, pero a veces una filtración deja ver la verdad cruda. Por ejemplo, cuando volví a Buenos Aires, después de pasar varios meses enseñando en la Universidad de California, San Diego, en 1977, porque no me exilié, aunque podría haberme quedado a vivir allá, y decidí volver a Buenos Aires, ya que la mujer con la que vivía en aquel tiempo, Iris Marrapodi, no quería dejar el país sin su hijo, pero el padre, el profesor de griego y latín Javier Méndez, se negaba, usando la así llamada *patria potestad*, a permitir que su hijo de diez años viajara al

extranjero. Así que me quedé con ella, y tal vez me hubiera quedado igual a vivir aquí sin ella, porque yo no era en aquel tiempo un escritor conocido ni mucho menos, y no pensaba estar en peligro y me costaba imaginar una vida fuera de Buenos Aires. Y entonces, dijo Renzi, al volver, como hago siempre que he pasado una temporada afuera del país, salí a la calle y recorrí los lugares tan íntimos para mí y tan llenos de emoción, salí a buscar el mundo donde había vivido y había sido feliz, y esa tarde de pronto me di cuenta de que los militares habían cambiado el sistema de señales de la ciudad y en lugar de los legendarios postes pintados de blanco, que indicaban las paradas de los ómnibus, habían colocado carteles que decían *Zona de detención*. Toda la ciudad, me di cuenta, decía Renzi, estaba colmada de esas señales ominosas que estaban ahí para decir —y no decir— que los habitantes eran todos detenidos eventuales, detenidos-desaparecidos en la espera, cada vez, con permiso de andar por la calle hasta que nos ordenaran alinearnos y hacer fila antes de ser trasladados. La ciudad dividida en zonas de detención. Me detuve, paralizado, era como si estuviera leyendo que las personas debían alinearse ahí toda la noche y hacer una fila antes de ser llevadas a los campos de concentración, donde iban a ser torturados y asesinados. *Zona de detención*, hay muchas maneras de indicar el lugar donde paran los micros, pero poner ese nombre a las paradas parecía una manifestación que hacía visible lo que estaba pasando. Supongo que, antes de elegir esa forma de nombrar las paradas, habrán discutido con urbanistas y publicitarios hasta encontrar, los militares, el nombre que mejor cuadraba a sus acciones de secuestro y detención de los ciudadanos. *Zona de detención*, todavía sobreviven en la ciudad algunos de esos carteles. En mis cuadernos de aquellos años, está narrada mi forma de vivir bajo la peste, cómo circulaba por la ciudad como un fantasma, cómo me ganaba la vida y las cosas que escribí y lo que hice.

El mejor ejemplo de la verdad de esa época, decía Renzi, fue mi visita a Antonia, sus dos hijos estaban desaparecidos, Eleonora y Roberto habían sido secuestrados, torturados y asesinados. Ella era una militante de la organización Montoneros y él era el dirigente de Vanguardia Comunista, un grupo político de orientación maoísta. Yo era amigo de Roberto y lo veía a menudo, y esos encuentros están registrados, elípticamente, en mis diarios. Pero la visita, esa tarde, a la madre que me recibió en su casa en Villa Urquiza, fue una epifanía, en medio del espanto y de la desesperación y de la noticia atroz que se filtraba desde el infierno hacia nosotros, un milagro se produjo, sin estridencias, en una conversación tranquila, en medio del dolor de esa mujer, hubo un momento de claridad.

Había en YouTube, según Junior, un video donde Renzi hablaba de las Madres de la Plaza de Mayo y contaba que había visitado a una de ellas y que la mujer, según Renzi, recordaba Junior, discutía a diario con el televisor por las mentiras que salían. La recordaba muy nítidamente, dijo Renzi y empezó a dictar, había ido a visitar en 1978 a Antonia Cristina, la madre de Eleanora y Roberto, sus dos hijos desaparecidos. Vivía en un departamento muy modesto en Villa Urquiza, y efectivamente, decía Renzi, discutía con el televisor y le rebatía las mentiras. Me dijo: sólo le pido a Dios que me den un minuto en la televisión para poder decir cómo son las cosas. Todas las noches, me dijo, repaso y ensayo lo que podría decirles en un minuto, lo cambio, lo ajusto. Y lo que esa mujer, sola en la ciudad, quería decir fue lo que hoy es un pensamiento aceptado en la Argentina. La verdad de los débiles logra a veces hacerse oír. Eso es algo que siempre debemos recordar.

¿No era el oráculo? Era el oráculo, una mujer en la ciudad, que a la noche, antes de dormir, en la hora incierta en

que el día cambia, memorizaba y revisaba y a veces repetía, en voz baja, la verdad, mientras afuera miles y miles de palabras, dichas por los así llamados voceros del poder militar, repetían sus canalladas tratando de borrar la realidad de sus crímenes, y los locutores de televisión y los periodistas principales repetían y ampliaban la versión distorsionada de los hechos, mientras en un departamento modesto en Villa Urquiza una mujer pensaba una y otra vez en darle forma a un relato simple, cierto, directo y frontal, que resumía y contestaba a las miles de palabras dichas por los canallas. La vidente debía ser una mujer íntegra, así en la Grecia clásica, y así también siglos después, en un departamento modesto en Villa Urquiza, Antonia retomaba esa tradición, que era también la de Antígona, y pedía justicia y pedía que sus hijos pudieran recibir una sepultura digna. Renzi había intentado imaginar esas palabras y el impacto de esa voz lo ayudó a sobrevivir y a escribir. El silencio de la mujer —las palabras que ella pensaba y no podía decir y que nadie escuchaba— era el secreto, el enigma, lo que no se dice pero se sabe, un decir que esperaba su oportunidad para convertirse en un acto que iba a cambiar la realidad. Así, los militares argentinos habían ido a la guerra en las Malvinas para que esa voz no fuera escuchada. Y el intento de hacerla callar los había llevado a la derrota y al desastre.

Había estado entonces Renzi todos esos meses encerrado en su estudio, leyendo sin orden sus cuadernos, hasta llegar por fin a los años de su experiencia de aquellos tiempos, y eso era lo que ahora pensaba dar a conocer, es decir, mostrar el modo confuso e incierto en que había escrito sobre esos años mientras los vivía. No después, cuando todo se había aclarado, sino sobre la marcha, en el terreno, o mejor, en la frontera psíquica de la vida, instalado en la tierra de nadie que dividía en dos la realidad, de un lado el horror, del otro lado la locura, las locas que en la noche re-

petían como una plegaria la verdad de la Historia, la pesadilla, la peste, sus hijos sin sepultura. Repetían, esas mujeres, como una letanía, lo que todos sabían y nadie se animaba a decir. Eso era lo que Renzi contaba esa tarde de febrero, en su estudio, aquejado de una dolencia pasajera que le impedía moverse con libertad y obligaba a sus amigos a ir a verlo, para escuchar su versión de los hechos de su vida, según los había registrado en sus cuadernos de tapa de hule.